

# AMOR DE BIBLIOTECA

(CUENTO)

POR SANTOS SAINZ ELVIRA



Era demasiado original para poder ser cierto. Hubiera sido demasiado bello, y por eso la realidad, eterna segadora de ilusiones, se encargó, una vez más, de ahogarlas antes de nacer, celosa de su belleza. Y, sin embargo, ¡habría sido tan dulce!, jamás otro idilio le hubiera superado, pero aquél no se podía ni llamar así; el fuego que quemaba a una parte jamás tuvo eco en la otra, solamente fué un monólogo de amor.

No tuvo, como otros, el romántico escenario de un parque bañado de luna, una noche de otoño, cuando todo calla y con su silencio nos impide hablar, ni el ambiente empalagoso y dulzón de una fiesta de sociedad donde las lindas damitas se dejan llevar a través de un vals entre los brazos de su emocionado adorador, bajo la vigilante mirada de las mamás que, muy estiradas en un rincón, toman nota de cada mirada y de cada sonrisa, recordando quizá los días lejanos en que ellas también se sintieron vigiladas.

Se desarrolló en un ambiente menos poético, aunque nada hay prosaico para un enamorado; fué en el austero salón de lectura de una sombría Universidad, donde desde tiempo inmemorial había vivido él con una vida sencilla y gris, que sólo era alterada por el traslado casi diario desde el estante a la mesa más próxima, de donde volvía otra vez a su anterior posición, encajado entre dos congéneres y dejando ver tan sólo su espalda de pergamino donde, estampado a fuego, se leía: «Fuero Real».

Tenía fama de orgulloso y había algo de cierto: se consideraba superior a los demás libros que se alineaban en la estantería, y hubiera tomado como insulto que le hubieran mezclado con otros de linaje menos noble o más moderno que el suyo. Se sabía producto de un rey del siglo XIII, y vivía encerrado en absoluto mutismo que de tarde en tarde rompía para dirigirse a las únicas que consideraba dignas de su trato, aquellas siete solteronas unos años más jóvenes que él, y también de sangre real, que se llamaban «Las Partidas del Rey Sabio».

Su vida siempre fué austera, y tuvo por únicos consultantes sesudos caballeros que le enfocaban con sus ojos miopes buscando en sus páginas citas, datos y frases en que se contenía el espíritu jurídico de aquella época, y él se vanagloriaba de ello y de que sus lectores fuesen los más formales y silenciosos de la sala. Por eso fué tan grande su indignación el día que, en vez de los pasos solemnes de un investigador incansable, oyó acercarse un alegre taconeo de mujer; al principio ni sospechó que fuese él la meta de aquellos pasos, pero de pronto sintió que unos dedos alargados le cogían por la espalda y tiraban con decisión; intentó resistirse, pero aquella mano afilada no cedía y se vió fuera de su sitio entre los aspavientos de las escandalizadas solteronas que se quedaron haciendo cruces y diciendo que en sus tiempos era el hombre el que buscaba la mujer..., que hoy se había perdido la vergüenza..., y que sabe Dios qué peligros esperarían al pobre «Fuero».

Este, durante el camino, se dedicó a observar a su raptora; no era ni siquiera una mujer; tenía una carilla infantil que delataba sus escasos diecisiete años, y a la que una naricilla respingona ponía una nota ingenua y descarada a la vez; llevaba un vestido alegre, y por debajo de la falda, más bien corta, aparecían unas bien formadas piernas que terminaban en unos zapatos informados que dejaban al aire casi todo el pie.



Al verla, se sintió más tranquilo y casi se rió de sus temores; sin duda, era una equivocación.

¿Qué podía buscar aquella muñeca en él, que la llevaba cerca de siete siglos? Indudablemente, había venido buscando una novela de amor o, todo lo más, una «Historia Universal», y le volvería a su sitio tan pronto notara su error.

Pero le esperaba una sorpresa: aquella muñeca, como él la llamara, llegó a una mesa, le arrojó en ella con decisión y, tras de acomodarse en una silla, empezó a pasear sus ojillos curiosos por entre sus páginas cargadas de historia.

Su indignación crecía por momentos; verse él así, él, orgullo de la legislación de su época y uno de los tesoros de la tradición jurídica española, verse en poder de aquel mequetrefe que sin ninguna consideración revolvió entre sus páginas rozándole con aquellas uñas pintadas impudicamente. Hubiera querido gritar, pero no podía; quiso hacer señas a aquellos bedeles o al vigilante de mirada vidriosa, pero hacía siglos que estaba condenado a la inmovilidad; se negaba a abrir sus páginas, pero aquellos dedos hacían infructuosos sus esfuerzos.

¿Podía tolerarse aquello? ¿O es que ya no había justicia en la tierra No; sin duda no la había, si no no se habría consentido aquel nuevo escarnio: aquella locada criatura había abierto un bolsillo de cuero, y con un lápiz con borla azul tomaba notas en un cuadernillo de tapas del mismo color. Aquello sí que era lo último, siempre sus notas fueron escritas sobre cuartillas blancas y con austeras estilográficas negras. Aquello le indignaba, era verse reducido a objeto de burla por aquella nena que se permitía extraer sus sabias leyes con tan frívols instrumentos.

Convencido de lo inútil de su resistencia, la dejó hacer, y sólo respiró aliviado cuando unas palmadas del bedel anunciaron que había llegado la hora de desalojar la sala; pero aun hubo de sufrir una humillación más: aquel marmolillo, antes de irse, guardó el lápiz y el cuadernillo, y allí, a medio metro suyo, tuvo el descaro de pasar una barra de carmín por sus labios y retocar sus mejillas con unos polvos que cayeron en parte, profanando la pureza de sus páginas.

Cuando las manos de un bedel le volvieron a su puesto, se encerró en un silencio absoluto que no fueron capaces de romper las preguntas llenas de curiosidad de las siete hermanas solteras; se obstinó en callar, y cuando la sala quedó en sombras, humedecieron sus hojas unas lágrimas que se apresuró a esconder entre sus tapas apergaminadas.

La escena se repitió, primero con algún día de descanso; después, diariamente, aquel tormento femenino se apoderaba de él apenas se abría la sala y no le abandonaba hasta que llegaba la hora de cerrar la misma. Su indignación siguió igual, pero igual también seguía la tenacidad de aquella chiquilla.

Por fin, pasados muchos días, empezó a mirarla con menos odio; después de todo; y prescindiendo del lápiz, el cuadernillo, el carmín y los polvos, era indudable que aquella chiquilla trabajaba con seriedad; dejó de odiarla y empezó a tratarla paternalmente, con ese aire superior y bonachón que emplean los viejos en su trato con los niños. Ya no se resistía a salir del estante, ni intentaba estorbar su labor cerrando sus páginas, sino que se dejaba coger con facilidad y era él mismo quien se abría por la página deseada cuando la pequeña investigadora vacilaba en la busca de algún dato. Fué por entonces cuando ella faltó varios días a la cita; al principio la esperó tranquilo, era seguro que vendría, nunca había faltado, y si algún día no fué, llegaba al siguiente con ansia de recuperar el tiempo perdido; pero aquella vez la cosa era más seria: su ausencia era más larga y él volvió a sentirse en manos de sus antiguos consultantes. ¡Cómo la echaba de menos entonces! ¡Qué diferencia entre aquellos dedos suaves y bonitos, que parecían acariciarle, y las manos de ahora, secas y amarillas, que se confundían con el amarillo de sus hojas! Y qué distinto también aquel aliento agradable que inundaba sus páginas y este otro respirar asmático y pestilente que le asfixiaba. Nunca creyó que pudiera acordarse tanto de ella, y esto le dió qué pensar; al fin y al cabo, la conocía de poco tiempo y no había motivo para desear tanto su regreso; sin duda le ocurría algo extraño, y se propuso averiguarlo. La respuesta no se hizo esperar; eran muchos sus años y mucha su experiencia de la vida para que se pudiese engañar; además, el hacerlo hubiera sido indigno de él, tan amante de la verdad, y la verdad era ésta: ¡Se había enamorado! Sí, estaba enamorado de aquella chiquilla de la que le separaban setecientos años, y lo estaba como cualquier libretede tres al cuarto recién salido de la imprenta; pero no se avergonzaba, estaba contento, y sólo

(Continúa en la página 47)